

Es indudablemente un acierto el que esta colección se haya inaugurado con el libro que ahora se reseña. En primer lugar por la materia escogida, la Mariología, y además por su autor, el prof. Orozco, bien conocido por otras obras publicadas en esta misma editorial. Si algo se debe alabar en las publicaciones de este A. es la claridad expositiva de su pensamiento y la capacidad de síntesis, propia de su formación filosófica. Estos dos elementos quedan bien patentes en esta obra.

El prof. Orozco presenta a María desde una perspectiva claramente cristológica. «De una manera sublime, Cristo Jesús ha querido unir a su ser y misión de Hombre Salvador a la Virgen María, Madre suya por obra del Espíritu Santo. De tal modo que, en la actual economía de la redención, ya no puede entenderse cabalmente la salvación realizada por Cristo, sin la singular presencia activa de la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, adornada por el Creador con privilegios extraordinarios» (p. 14). Es lógico, por tanto, que comience su exposición con «La Maternidad Divina» y, a continuación desarrolle los diversos «privilegios que Dios ha otorgado a la Virgen María, en atención a su excelsa dignidad de Madre de Dios» (p. 31). La exposición de las prerrogativas marianas la hace de forma diacrónica: la Inmaculada, la Virginidad, la Asunción y la Realza. A continuación trata de la «cooperación de María en la santificación del hombre», donde de forma clara y precisa va dibujando y delimitando esa cooperación a través de la doctrina de la Nueva Eva —de tanta raigambre patristica—, de la maternidad espiritual, de la compasión en el Calvario y de su mediación e intercesión.

En el cap. VII el A. esboza «El Culto a la Santísima Virgen María», quizá de una forma tan concisa que sabe a demasiado poco. Concluye este claro y ameno libro con un capítulo dedicado a San Jo-

sé, esposo de María Virgen. En él se glosa su predestinación y su eminente santidad.

Agradecemos a la editorial Rialp la puesta en marcha de esta «Biblioteca de Iniciación Teológica» que por su orientación está enfocada a un amplio público que desee ahondar en el conocimiento científico de la fe católica.

J. L. Bastero

**Bradley NASSIF (ed.)**, *New Perspectives on Historical Theology. Essays in memory of John Meyendorff*. Foreword by Henry Chadwick, Eerdmans Pub., Grand Rapids 1995, 379 pp., 15 x 23.

John Meyendorff, protopresbítero de la Iglesia Ortodoxa, y uno de los teólogos más representativos de la generación contemporánea al Concilio Vaticano II falleció en julio de 1992 a la edad de 66 años. De ascendencia rusa, nacido en Francia y formado en la atmósfera de la Ortodoxia gala —en donde encontró el diálogo ecuménico por fuerza natural de la situación—, se trasladó en los años sesenta al Seminario de S. Vladimiro de Nueva York, siendo uno de los profesores de mayor autoridad hasta su fallecimiento. No podía, pues, faltar el homenaje tanto de las altas personalidades de las Iglesias Ortodoxas, como de los discípulos y colegas, ortodoxos, anglicanos, católicos y protestantes.

Los trabajos reunidos en este volumen, escritos por una veintena de especialistas, se distribuyen en las diversas áreas en que Meyendorff se interesó: teología, historia, espiritualidad y liturgia, Escritura y exégesis. Tres colaboraciones se dedican a situar el marco histórico-teológico del ilustre profesor y la significación de su obra. No es posible ahora reseñar siquiera brevemente todas las aportaciones del libro.

Quizá la que más nos ha llamado la atención es la de A. Dulles, *The Church*

as *Communion*, que trata uno de los temas actuales de la eclesiología. El autor intenta una clarificación del término comunión, para fijarse finalmente en la literatura teológica actual tras el Concilio Vaticano II. Cree detectar dos tipos de eclesiologías (que denomina: «desde abajo» o «desde arriba»), en las que la idea de comunión eclesial tendría dos direcciones bien marcadas. Serían, según Dulles, la eclesiología «universalista» y la «particularista». Con la habitual capacidad de síntesis del autor, caracteriza a cada una de ellas en sus actitudes y sensibilidad para las cuestiones teóricas y prácticas de la vida eclesial. El A. reconoce que quizá, como suele suceder en estas caracterizaciones, puede pecar de exceso de esquematismo. En todo caso, son unas páginas orientadoras interesantes.

También resultan sugerentes las páginas de J. M. R. Tillard, sobre el desarrollo dogmático y su relación con la comunión eclesial. Para el teólogo dominicano, la eclesiología de comunión ofrece una posibilidad de comprender la naturaleza auténtica del desarrollo doctrinal, a partir de la catolicidad interior de la verdad cristiana, o capacidad de actualización de la revelación divina en la multiplicidad de tiempos y lugares. Un esquema interpretativo que carecería, de este modo, de las limitaciones de otras explicaciones que se basan en un desarrollo lineal de la doctrina al que cada generación añadiría su propia contribución, infiriendo nuevas proposiciones de otras.

J. R. Villar

Alwyn MARRIAGE, *The People of God. A Royal Priesthood*, ed. Darton, Longmann & Todd, London 1995, 215 pp., 13, 5 x 21, 5.

El autor, de confesión anglicana, es editor de la revista ecuménica *Christian*. El libro constituye una alta divulgación

sobre el sacerdocio común, a la luz de la revelación bíblica. El autor está convencido de que el debate reciente sobre quién debe o no debe ser ordenado para el sacerdocio ministerial no debería ensombrecer la cuestión radical del sacerdocio cristiano.

El libro se articula entorno a las grandes líneas de fuerza sobre el tema elección y alianza, sacerdotes y profetas en el AT, sacerdocio en los evangelios, en la teología neotestamentaria; la historia de la teología del sacerdocio a lo largo de los siglos, especialmente tras el impacto de la reforma luterana; sacerdocio y sacramentos; la naturaleza del sacerdocio cristiano y, finalmente, la Iglesia como Pueblo de Dios.

El trabajo no pretende realmente ofrecer alguna aportación nueva a la teología sobre el sacerdocio común cristiano. Tiene un fuerte carácter práctico, y quizá está algo condicionado por problemas de la vida actual del anglicanismo. Late el deseo apasionado de que los cristianos tomen en serio lo que significa el sacerdocio bautismal, su responsabilidad y tarea; y, dentro de él, comprender el lugar del sacerdocio ministerial.

Hay ideas sugerentes, como la de que en definitiva el sacerdocio ministerial existe en orden a fortalecer, afirmar y desarrollar el sacerdocio común de los cristianos para que todos los creyentes ejerciten el sacerdocio de Cristo en el mundo (p. 180). Tiene también limitaciones, al menos para la visión católica, especialmente en torno al carácter sacerdotal del ministerio ordenado. De otra parte, el autor se deja llevar sin más de la identificación directa entre sacerdocio cristiano y Pueblo de Dios, sin que el ministerio sacerdotal parezca tener un lugar propio en la constitución del Pueblo de Dios como pueblo sacerdotal, justamente por causa del sacerdocio ordenado. Es en la articulación de sacerdocio bautismal y de la representación de Cris-